

EL CAMPO ANALÍTICO Y EL CICLO VITAL

Cláudio Laks Eizirik¹

Versión castellana de Pilar Gavilano

Resumen

El presente trabajo se aproxima al concepto de *campo* en psicoanálisis, que es una creación del psicoanálisis específicamente latinoamericano, y lo relaciona con el ciclo vital de analistas y pacientes. La situación analítica está orientada por dinámicas, líneas de fuerza, leyes de evolución, objetivo general y metas momentáneas; todo lo cual constituye el campo. Éste es el objeto de observación a la vez que de auto-observación del psicoanalista. Este trabajo se sitúa en el escenario de la confluencia de la complejidad del campo con la de la dimensión temporal. Nociones como las de *bastión* y *fantasía del campo*, se tornan indispensables para comprender -y para poder intervenir adecuadamente- en esa situación siempre determinada por su virtualidad.

Descriptor: *Bastión, campo psicoanalítico, temporalidad, virtualidad.*

El psicoanálisis tiene apenas cien años en un vasto mundo de ideas revolucionarias desarrolladas en distintas culturas a través de los siglos y que constituyen los distintos modos en que podemos comprender la mente humana. Es un gran placer y honor el poder participar en esta reunión que nos ofrece la oportunidad de intercambiar visiones de la teoría y práctica analíticas.

Voy a aproximarme a un concepto clínico desarrollado en América Latina, el de campo analítico, y relacionarlo con el ciclo vital de analistas y pacientes.

Comenzaré con una viñeta clínica, cubriré algunos de los aspectos principales del campo analítico y discutiré lo que podríamos imaginar en otra configuración, parcialmente similar.

1 Miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre.

Un paciente de aproximadamente sesenta años comenzó su sesión describiendo un episodio que lo había irritado en extremo. Tenía el hábito de ir al gimnasio para su entrenamiento pero se sentía cada vez más irritado por la música que golpeaba tan fuerte desde los altavoces, como para estimular a los presentes a ejercitarse más enérgicamente, casi frenéticamente. El alto volumen de la música se había vuelto tan intolerable que el paciente comenzó a preguntarse si debería cancelar su membresía, quejarse a gritos a la joven directora o seguir haciendo su rutina, a pesar de la casi insoportable situación. Casi tragándose su rabia, escogió la tercera postura, pero terminó yéndose a casa con un sentimiento de frustración y rabia impotente. Mientras escuchaba, el analista, también en sus sesentas, comenzó a sentir creciente solidaridad con el paciente, asociando su descripción con sus propias experiencias en aeropuertos y supermercados, donde sonidos irritantes y música de mal gusto le provocaban igualmente una enorme irritación. Él se sintió tentado a mostrarse de acuerdo con el paciente, compartiendo sus propias experiencias, casi como para armar un mini ejército de dos sesentones indignados, hartos del frenético mundo y sus sonidos disonantes, dominado por así decirlo por un enorme batallón de gente joven que ocupa progresivamente cualquier espacio imaginable.

No sin esfuerzo, logró sin embargo ver que, una vez más, en ese momento se estaba creando un bastión en el que ambos, paciente y analista, estaban haciendo, en una construcción conjunta específica de ese campo analítico, una alianza para no tocar algo a lo que se estaban resistiendo: la tendencia repetitiva del paciente a someterse a situaciones en las que se retiraba con un sentimiento de rabia impotente.

Además, su revuelta contra la joven mujer llamaba también la atención, sugiriendo una posible conexión con una situación conflictiva con sus hijos, con quienes estaba llevando una lucha silenciosa sobre su creciente ocupación de espacio en la administración del negocio familiar.

Empatizando inicialmente con los sentimientos del paciente, se pudo lentamente examinar una vez más su postura en esa situación, así como en otras similares a lo largo de su ciclo vital.

¿Hubiera algo sido diferente si el analista hubiera tenido la mitad de su edad?
¿O de otro sexo? ¿O mayor?

Es momento de hacer un comentario preliminar. Aunque todas las empresas científicas aspiran, o quizás deberían aspirar a la posibilidad de generalización y replicación de experiencias terapéuticas, en nuestro campo de acción, el psicoanálisis, se presenta una dificultad única, porque nosotros sabemos que la nuestra es, esencialmente, una ciencia de lo particular, de lo único e irrepetible. No hay dos casos clínicos iguales, del mismo modo en que no hay dos personas iguales, del mismo modo en que en cada día de trabajo nos encontramos con expresiones

cambiantes de la psique humana y el sufrimiento psicológico. A lo largo de la misma línea de pensamiento, nosotros mismos no somos iguales con cada caso, ni tenemos la misma capacidad de escucha a lo largo de nuestra carrera clínica.

De hecho, ya Heráclito había señalado que un río nunca pasa dos veces por el mismo lugar. Recientemente Roger Pol-Droit (2010) señaló que Heráclito era conocido como El Oscuro porque hacía hincapié en que, por un lado, todo es uno, sólo hay un mundo en el que todos los elementos conviven, a pesar de sus diferencias. Por otro lado, todo cambia constantemente, todo se mueve y está en transformación: el río no es el mismo, el agua cambia y aún la persona que se está bañando ha cambiado desde su baño anterior. Como yo lo veo, Heráclito ofreció una muy elocuente metáfora para la situación analítica: hay algunos elementos estables del encuadre y, al mismo tiempo, ambos, paciente y analista y la relación entre ambos están en constante cambio.

Por estas razones, pienso que el concepto de campo analítico desarrollado por Willy y Madelenie Baranger y descrito inicialmente en su trabajo de 1961.1962 es extremadamente relevante y útil.

Según esos autores, la situación analítica debe ser formulada no sólo como una situación de una persona que es confrontada por un personaje indefinido y neutral –en efecto, de una persona confrontada por su propio self – sino como una situación entre dos personas que permanecen inevitablemente conectadas y complementarias mientras que la situación permanezca, e involucradas en un proceso dinámico único. En esta situación, ningún miembro de la pareja puede ser comprendido sin el otro. No otra cosa es lo que se implica cuando se recomienda utilizar la contratransferencia como instrumento clínico.

Adicionalmente, ellos consideran que la necesidad de introducir el concepto de campo en la descripción de la situación analítica emerge de las características estructurales de ésta. La situación analítica tiene su estructura espacial y temporal, está orientada por dinámicas específicas y líneas de fuerza, tiene sus propias leyes de evolución, su objetivo general y sus metas momentáneas. Este campo es nuestro inmediato y específico objeto de observación. Desde que la observación del analista es tanto observación del paciente como una correlativa auto-observación, sólo puede ser definida como observación del campo.

En lo que se refiere a la dimensión temporal, también observamos la existencia de un campo común que es estructurado de cierta manera y las modificaciones temporales de la estructura. El campo está constituido por el acuerdo previo referido a la duración y frecuencia de las sesiones, así como a las interrupciones (vacaciones, etc.) que pueden romper la uniformidad del campo. Pero el analista y el paciente que comienzan a trabajar juntos también saben que, excepto por algún evento imprevisible, van a hacer esto por un periodo de varios años. Su

trabajo es introducido en un campo temporal cuyos límites han sido establecidos en líneas generales.

Un aspecto relevante a señalar es la ambigüedad esencial de la situación analítica. Podría decirse que cada evento en el campo analítico es experimentado en la categoría “como si”. Por supuesto, esta no es la única situación en la que las cosas se experimentan de este modo. Por ejemplo, arguyen, un actor que está haciendo el rol de Hamlet actúa y siente como si fuese Hamlet, pero no lo es, y no veta la conciencia de su propia persona. Del mismo modo, en el amor o la amistad, el objeto es siempre más para nosotros de lo que es “en realidad”, cargado con el peso de nuestros anteriores amores y amistades.

Sin embargo aquí la situación difiere. En la vida cotidiana tratamos de relacionarnos con las personas sobre la base de su realidad objetiva y o según nuestras proyecciones subjetivas; en la situación analítica intentamos eliminar todo lo posible cualquier referencia a nuestra personalidad objetiva y dejarla tan indefinida como se pueda.

Es esencial para el procedimiento psicoanalítico que cada cosa o evento del campo sea a la vez algo más. Si se pierde esta ambigüedad esencial, el análisis desaparece también. Un buen ejemplo de esto serían los episodios en los que el campo es invadido por una situación de persecución. El paciente transfiere sobre el analista, algunas veces, con gran intensidad, una cantidad de figuras persecutorias que se originan en la historia del paciente. El miedo y resentimiento transferenciales alcanzan su cénit: sin embargo, el paciente sigue viniendo a sus sesiones y mantiene la esperanza de obtener ayuda del analista para resolver la situación. En otras palabras, el paciente siente y actúa *como si* fuera una real situación de persecución, pero mantiene la relación terapéutica no contaminada por ella. Si se pierde esta ambigüedad, el analista la experimenta como cualquier otro perseguidor y el paciente realmente ataca al analista, llama a la policía o simplemente huye.

El aspecto temporal del campo no se parece en nada al tiempo experimentado en las situaciones cotidianas. El tiempo del análisis es simultáneamente un presente, un pasado y un futuro. Es un presente como situación nueva, una relación con una persona que adopta una actitud esencialmente diferente de la de los objetos en la historia del paciente, pero es al mismo tiempo pasado, ya que es manejada de modo tal que permite al paciente la libre repetición de todas las situaciones conflictivas de su historia. Es esta ambigüedad temporal, la mezcla de presente, pasado y futuro, lo que permite al paciente no sólo tomar conciencia de su historia, sino modificarla retroactivamente. Esta historia es un gran peso, con su serie de traumatismos y situaciones dañinas que han sido dadas una vez y para siempre, hasta que re-experimentarlas en un estado de ambigüedad temporal permite retomarlas con un nuevo significado. El paciente sabe que tuvo un

nacimiento difícil, sufrió hambre cuando era un bebé, tuvo una nodriza, etc. Pero esas situaciones traumáticas pueden ahora ser experimentadas, ya no resignadamente como inmutable peso muerto, si se retoman, se re-elaboran y se reintegran en una perspectiva temporal diferente.

Por esta razón, el futuro también está presente en ambigüedad temporal. Muy frecuentemente, los pacientes vienen a análisis porque sienten que no tienen futuro. Han sido prisioneros de sus neurosis, sin prospecto de ser al menos liberados de esa prisión.

Los Baranger señalan que es esencialmente una fantasía inconsciente lo que estructura el campo bi-personal de la situación analítica. Sin embargo, sería erróneo comprenderla como una fantasía inconsciente perteneciente sólo al paciente. Aunque es nuestro pan de cada día reconocer el campo de la situación analítica como un campo de pareja, admitimos que la estructura de este campo depende del paciente, mientras que el analista trata de actuar en consecuencia (preservando la libertad del paciente). Este propósito es absolutamente loable.

Pero está mal asumir que el analista tiene total libertad de adaptarse a la fantasía inconsciente del paciente sin perder su unidad y su función de controlador del contrato básico. Los analistas no pueden ser “espejos” porque los espejos no interpretan. Se demanda actitudes de los analistas que son de algún modo contradictorias o al menos bastante ambiguas. Si la posición del paciente en el proceso analítico es ambigua, la del analista lo es igualmente.

Con esas restricciones en mente, sólo podemos concebir la fantasía básica de la sesión –el punto de urgencia – como una fantasía de pareja. La fantasía básica de la sesión no es la mera comprensión de la fantasía del paciente por el analista, sino algo que es construido en una relación de pareja. No tenemos dudas de que las dos personas tienen distintos roles en esta fantasía y que sería absurdamente peligroso que el analista impusiera su propia fantasía en el campo, pero tenemos que reconocer que una “buena” sesión significa que la fantasía básica del paciente coincide con la del analista en la estructuración de la sesión analítica.

Naturalmente, esto implica una postura de mucha renuncia a la omnipotencia de parte del analista, en otras palabras, una mayor o menor limitación de las personas que podemos analizar. No hace falta decir que no es una cuestión del “gusto” o “disgusto” que podamos sentir la primera vez que vemos un paciente, sino un proceso mucho más complicado.

Esta estructura no puede de ningún modo ser considerada como determinada por los impulsos instintivos del paciente (o del analista), aunque los impulsos de ambos están involucrados en su estructuración. Más importante, tampoco puede ser considerada la *suma* de ambas situaciones internas. Es algo creado *entre* los dos, dentro de la unidad que forman en el momento de la sesión, algo radicalmente distinto de lo que cada uno es por separado.

Un concepto central para comprender la noción de campo es el de bastión. El campo se mueve, y el analista puede intervenir en él de manera efectiva cuando el paciente “se arriesga”. Por supuesto, uno siempre se arriesga en cierta medida cuando comienza un psicoanálisis. Uno arriesga tiempo, dinero, esfuerzo, esperanzas (y una carrera en el caso de un candidato). Pero todo esto podría tener menos importancia que otro aspecto de la vida personal o la fantasía que para el paciente es un bastión personal (y es generalmente el refugio inconsciente de poderosas fantasías de omnipotencia).

Este bastión varía enormemente de una persona a otra, pero nunca está ausente. Es aquello que el paciente no quiere arriesgar porque el riesgo de perderlo lo arrojaría en un estado de extrema indefensión, vulnerabilidad y desesperación.

El bastión ha sido descrito en la literatura, especialmente en relación a los pacientes perversos en general: ellos quieren arriesgar todo, excepto su actividad perversa, una fuente de gratificaciones extremadamente valiosas. En otras personas, el bastión puede ser la superioridad moral o intelectual, su relación con un objeto de amor idealizado, una ideología, una fantasía de aristocracia social, su dinero o profesión, etc.

La conducta más frecuente de los pacientes en defensa de su bastión consiste en evitar cualquier referencia a su existencia. Pueden ser muy sinceros respecto de una multitud de problemas y aspectos de sus vidas, pero se vuelven evasivos, se disfrazan y aún mienten cuando el analista se acerca al bastión. No pensamos que haya pacientes sin bastiones, y creemos que la medida del éxito del análisis depende sobre todo del grado en el que hayan podido aceptar el análisis de éstos, lo que significa aceptar perderlos y con ellos, las fantasías básicas de omnipotencia y así renunciar a sus perseguidores.

Pero también otras conductas sirven a los pacientes para el mismo fin. Pueden mencionar el bastión y aparentemente aceptar interpretaciones sobre él sin consentir en darles el último status: “diga Ud lo que quiera”, “nada que me diga sobre esto me toca; esto es asunto mío.”

A la inversa, la inclusión de un bastión dentro del campo siempre está asociada con reacciones emocionales intensas, incluso ansiedad, y permite una considerable movilización de la situación analítica. La inmovilización del campo es siempre una medida de protección dirigida a preservarse de la intrusión del analista y sus interpretaciones en un sector privado de la vida del analizado.

Baranger, Baranger y Mom (1983) presentaron más ideas sobre proceso y no-proceso en el trabajo analítico. Según ellos, cuando Freud definió el procedimiento analítico como la repetición de la neurosis inicial y la resolución de ésta a nivel de la transferencia, señaló los dos polos de la repetición en la técnica: el primero, como inercia o “entropía” y el segundo, como un momento de los

procesos o parte del progreso. Su introducción del concepto de campo enfatiza una doble posición en cada uno de los participantes, por ejemplo, de la compulsión a la repetición. El analista también tiene su manera de repetir: puede entrar en colusión con el analizado, inconscientemente capturado en la fantasía del campo, puede entrar en estereotipar al analizado cuando transforma la sesión en un ritual y puede intentar romper la repetición a la fuerza. De acuerdo con los autores, sin embargo, quizás la forma más engañosa de repetición en el analista tiene que ver con su encierro en su propio esquema de referencia, especialmente si éste ha adquirido un cierto grado de sistematización y racionalización, y ha tendido a volverse una rutina. Ellos sugieren que el ideal del analista debería ser el hurón, que nunca sale a la superficie por donde se le espera, o el premio escondido de la búsqueda del tesoro. Yo diría que el analista no puede ser predecible en sus intervenciones y que un cierto elemento de sorpresa puede ser lo que mantiene vivo el proceso analítico.

Mientras más rígido sea el sistema de referencia del analista, más proclive es a aceptar el rol del “sujeto supuesto saber”, es decir según Lacan, más se convierte en un cómplice del estereotipo paralizante del proceso. Por esta razón, es recomendable pasar a través de múltiples esquemas, cosechando para nosotros mismos de varios, evitando sin embargo caer en un eclecticismo confuso: la práctica clínica es más variada que nuestros esquemas y no nos engaña acerca de oportunidades para la invención.

Los Baranger y Mom sugieren que como procedimiento anti-repetición y anti-estereotipia, el análisis debe combatir constantemente contra los bastiones que van siendo creados, y tratar de destruirlos a medida que son construidos. Algunos bastiones pueden presentársenos como muy proteiformes; otros apenas cristalizados; y aún otros sólidos y paralizantes para el analista. *Hay proceso en tanto haya bastiones siendo detectados y destruidos.* En este sentido, los dos aspectos de la interpretación (ruptura e integración) son claramente complementarios.

El bastión siempre renace en formas renovadas: es el signo más conspicuo de la compulsión a la repetición, es decir, del instinto de muerte. Cuando el bastión como tal es destruido, esto expresa el triunfo del proceso sobre nuestro intrínseco embotamiento tanático y esta victoria, aunque momentánea, es quizás la esencia de la alegría que nos da nuestro trabajo analítico.

Cuando yo presenté esas ideas acerca del campo analítico y el bastión en el encuentro Freud en Asia realizado en Beijing (2010), una curiosa metáfora emergió en la discusión grupal: la Ciudad Prohibida donde vivieron los emperadores chinos podría representar una suerte de bastión, un lugar donde ningún extranjero podía entrar, y donde los más sagrados símbolos, valores y secretos eran guardados y protegidos. En este sentido, cada paciente, o cada persona tiene su propia pequeña ciudad prohibida.

Otras ideas relevantes fueron presentadas por Madeleine Baranger en un artículo sobre escucha e interpretación (1993). En su visión, el inconsciente no está detrás sino en otro lugar. La escucha del analista consiste, así, en descentrar el discurso del paciente, desnudándolo, para encontrar un nuevo centro, que es lo inconsciente. Hay tres factores involucrados: el discurso explícito del paciente; la configuración inconsciente del campo (fantasía inconsciente del campo), que incluye la transferencia/ contratransferencia; lo que corresponde en este punto a algo inconsciente en el paciente, que debe ser interpretado. Es por virtud de la mediación de la configuración inconsciente del campo que el inconsciente del paciente puede expresarse y que el analista puede encontrar una interpretación.

En una revisión reciente de la evolución de sus ideas, Madeleine Baranger (2005) enfatizó el hecho de que la teoría del campo, sea o no llamada por este nombre, forma parte del pensamiento de muchos analistas hoy en día. Menciona a algunos que, aunque de diferentes orígenes teóricos, se han desarrollado a lo largo de las mismas líneas. Esas contribuciones se caracterizan por la mutación de perspectiva cuando se enfocan sobre la situación clínica, sobre el hecho fundamental y por cambiar el centro de estudio de la psicopatología del paciente a la consideración de la relación analítica y el proceso. Desde su punto de vista, contribuciones de Green, Ogden, César y Sara Botella y Bollas pueden ser vistos en esta línea.

Quisiera incluir también las recientes y extremadamente relevantes contribuciones de Ferro y Kancyper, quienes no sólo usan el concepto de campo analítico según sus líneas originales sino que principalmente lo han desarrollado. Kancyper estudió la adolescencia como campo dinámico y Ferro exploró y amplió el universo del campo y sus habitantes. En su reciente libro con Basile (Ferro y Basile, 2009), él enfatiza que la teoría del campo se presta a aproximaciones en múltiples frentes porque abre el camino a una dimensión en el que se da rienda suelta a los elementos del soñar, la narración y la deconstrucción. Esta meta se logra en términos no sólo del aspecto puramente teórico, sino también de sus poderosas implicancias para la teoría de la técnica: mientras que toma una posición cercana a las teorías relacionales, la teoría del campo tiene una fuerte especificidad técnica propia, en que rompe por primera vez la idea de hacer explícito en la sesión el aquí y ahora y la consecuente interpretación transferencial. Como resultado, el aspecto relacional se vuelve una corriente que fluye a través del campo: este río luego se amplía en un vasto lago en donde hay tiempo para que los personajes emerjan, se hundan en las profundidades, regresen hacia el fondo u ocupen el escenario nuevamente.

Según Ferro y Basile, la realidad en el campo es más de naturaleza virtual, involucrando personajes que son progresivamente sujetos a un proceso de selección para expresar los tipos de funcionamiento que están activos en el

campo. Todos los personajes del campo nacen de la cópula mental de los dos miembros de la pareja, es decir de dos mentes; hay por así decirlo una continua convocatoria de personajes y actores, o una continua asignación de roles dirigida hacia hacer los niveles más profundos del campo más y más susceptibles de expresión explícita. Comentando sobre los artículos que forman parte de su libro, Ferro y Basile enfatizan que uno puede distinguir en cada artículo las conexiones y referencias con el psicoanálisis latinoamericano y post-Bioniano, en el sentido de un psicoanálisis interesado más en extender la capacidad de pensar que en recobrar eventos pasados. En otras palabras, la teoría del campo cambia el paradigma de trabajo analítico de la develación de un significado escondido a la facilitación de la posibilidad de pensar por uno mismo nuevos posibles significados. El laboratorio psicoanalítico se dedica entonces no a aquello que ha sido sino a lo que puede ser en el futuro.

En un artículo que presenté recientemente junto a un grupo de colegas (Eizirik, 2010), examinamos la relación entre bastiones, sorpresa y comunicación en el campo analítico. Retomando una vez más lo que Freud propuso en *Lo Siniestro* (1919), señalamos que las características infantiles del animismo y la omnipotencia del pensamiento determinan la inquietud que sentimos cuando vemos o sentimos algo inesperado o aparentemente desconocido pero que se revela como algo conocido para la persona, en un examen más profundo de lo inconsciente, que había sucumbido a la represión infantil y que emerge nuevamente en la conciencia como algo siniestro que no queremos ver o percibir. Si el analista está emocionalmente involucrado en el campo analítico, es posible que lo siniestro emerja como una sorpresa. Si la postura y posición del analista son previsibles y no hay lugar para lo inesperado, el análisis puede convertirse en un procedimiento monótono y repetitivo que seguirá lo que Freud describe como la compulsión a la repetición, que Green ha considerado más recientemente como un fenómeno que mata el tiempo, ya que todos estaríamos condenados a vivir siempre lo mismo sin oportunidades de crear nuevas situaciones, tanto en la vida como en el análisis. En este artículo, estuvimos particularmente interesados en discutir un punto delicado y controversial: ¿en qué medida estamos obligados a repetir y en qué medida somos, por lo menos parcialmente, libres de crear y vivir nuevas situaciones? Si tomamos en cuenta a Heráclito y a los Baranger tendremos que admitir que conceptos como la compulsión a repetir y la transferencia sólo como repetición deberían ser reconsiderados.

Terminado este resumen, regresaré ahora al material clínico con el que abroché el tema. Haremos un ejercicio siguiendo la línea de lo que Bion llamó conjetura imaginaria.

Imaginemos que el terapeuta tiene 35 años de edad y oye la misma historia. O imaginemos, retrospectivamente, al mismo terapeuta 30 o 25 años atrás.

Un paciente en sus tempranos sesenta comienza la sesión hablando sobre un episodio que lo ha irritado al extremo. Tenía el hábito de ir al gimnasio para entrenarse pero se estaba sintiendo cada vez más irritado con la música que golpeaba tan alto desde los parlantes, como para estimular a los presentes a ejercitarse más enérgicamente, casi frenéticamente. El alto volumen de la música se había vuelto tan insoportable que el paciente comenzó a preguntarse si debería cancelar su membresía, quejarse a gritos con la joven directora o continuar ejercitándose, a pesar de lo casi intolerable de la situación. Casi tragándose su rabia, eligió la tercera postura, pero terminó yéndose a casa con un sentimiento de frustración y rabia impotente.

Mientras escuchaba, el terapeuta, un hombre de treintaicinco años, comenzó a sentirse cada vez más irritado con el paciente, asociando con el relato sus propias experiencias en aeropuertos y supermercados en donde, para su disgusto, había observado cantidades crecientes de ancianos, caminando lentamente o quejándose sobre el ruido y haciendo toda clase de demandas. Se sintió tentado a responder a lo que el paciente había dicho contraponiendo una interpretación inmediata acerca de su repetida intolerancia a los ambientes que frecuentaba y la necesidad de controlarse para no crear un mini grupo de choque y fuga.

No sin esfuerzo logró ver que en ese momento, una vez más se estaba creando un bastión, en el que ambos, en una construcción cooperativa específica a ese campo analítico, estaban creando una alianza para no tocar aquello contra lo que podrían estar resistiéndose: la dificultad del paciente de dar mayor espacio a sus hijos en el negocio familiar, en donde se estaba dando una lucha silenciosa por el poder.

El analista percibió que se había escenificado internamente este conflicto en una contratransferencia complementaria, identificándose con los hijos del paciente.

También le fue posible, con gran dificultad, empatizar con un aspecto masoquista del paciente y diferenciar en su mente la dificultad del paciente para confrontar situaciones adversas sometiéndose, por un lado, y su propia irritación (la del analista) con cierta conducta de dos personas ancianas en particular, sus propios padres, que había proyectado, identificándolos con el paciente.

¿Fueron iguales los resultados de estas dos distintas configuraciones de campos analíticos? ¿Sería similar la escucha de ambos analistas en esta pequeña situación clínica? ¿Serían las interpretaciones similares? ¿Cuál de los dos sería capaz de escuchar con suficiente empatía?

A mis colegas que se consideran capaces de responder con un nivel razonable de convicción y una sensación de evidencia a estas preguntas, les confieso mi admiración y una cierta envidia porque yo no me siento capaz de hacer lo mismo. Creo que tenemos la oportunidad de beneficiarnos de conceptos propuestos por

diferentes autores en el curso del ciclo vital del psicoanálisis, tales como el punto ciego, la capacidad negativa o de escuchar la escucha. Todos ellos y muchos otros expresan, en nuestro campo de trabajo, lo que en otras formas de conocimiento ha sido descrito como el principio de incertidumbre, complejidad, fragmentación, provisionalidad de las hipótesis: en resumen, la necesidad de una postura abierta y atenta cuando se trata de las situaciones transformadoras del vivir juntos y la diaria evolución de las experiencias en todas las relaciones humanas.

Podríamos imaginar interminables configuraciones alternativas de campos analíticos a lo largo de las vidas del paciente y del analista, del mismo modo que podríamos imaginar distintas configuraciones de parejas terapéuticas, en donde las reacciones emocionales de ambos pudieran ser las opuestas de las dos que he descrito.

Nuestra inevitable tendencia a no tolerar lo irrefutablemente impredecible nos lleva a establecer diagnósticos, reglas, principios, recomendaciones a doctores y psicólogos que practican el psicoanálisis. No podemos enfatizar suficientemente que el autor del texto, y de los fundamentos de nuestra disciplina, usó la palabra recomendaciones pero no dejó de relativizarla.

Yo creo que nuestro trabajo conjunto consiste, después de todo, en aprender a vivir con los sucesivos momentos y situaciones que cada campo analítico nos presenta.

Quizás algo similar se le ocurrió al mayor poeta brasileño, Carlos Drummond de Andrade, cuando escribió: "Oh, vida del futuro, nosotros te crearemos."

Bibliografía

- Baranger, M. & Baranger, W. (1961-2) La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4 (1): 527-549.
- Baranger, M, Baranger, W. y Mom, J. (1982) Proceso y no proceso en el trabajo analítico. *Revista de Psicoanálisis*, 39:527-549.
- Baranger, M.(1993) The mind of the analyst: From listening to interpretation, *Intern J Psychoanal*, 74:15-24.
- Baranger, M. (2005) Field theory In Lewkowicz, S and Flechner, S. *Truth, reality, and the psychoanalysis: Latin American contributions to psychoanalysis*, London, International Psychoanalytical Association.
- Droit, Roger-Pol (2010) *Vivre Aujourd 'hui avec Socrate, Épicure, Sénèque et tous les autres*, Paris, Odile Jacob.
- Eizirik, C.L. (2009) On the therapeutic action of psychoanalysis In Ferro, A and Basile, R. (editors) *The Analytic Field*. London, Karnac Books.
- Eizirik, C.L. et al (2010) Baluarte, surpresa e comunicação no campo analítico. Congreso Latino-americano de Psicanálise, Bogotá, outubro. (unpublished)
- Eizirik, C.L. (2010) Transference, countertransference and the analytic field. Workshop. Freud and Asia, Beijing. (unpublished).
- Ferro, A. & Basile, R. (editors) *The Analytic Field* (2009). London, Karnac Books.
- Freud, S. (1919) O Estranho In Edição Standard das Obras Psicológicas Completas, Rio de Janeiro, Imago editora, 1976.
- Kancyper, L. (1999) *Volviendo a pensar con Willy y Madeleine Baranger*, Buenos Aires, Lumen.